

Las raíces invisibles del Medio Universitario

Ya se había acostumbrado al vaivén perezoso que sus ramas adoptaban con la brisa de la tarde. Si pudiese pensar en lo que causara orgullo para un árbol, seguro sería eso: el baile de sus ramas y la música sonajera que sus hojas producían en respuesta a los resoplidos de la montaña. Por algo era el árbol más popular de toda la universidad, o por lo menos eso le susurraban todos los estudiantes, profesores, vigilantes y demás que interrumpían sus afanes diarios con un momento de descanso bajo su sombra. Para él era fácil guardar el secreto de ser el amado de todos; con gusto plantó hondas sus raíces para soportar los cansancios ajenos, para ser confidente de las confesiones, lamentos y frustraciones que escuchaba salir de las bocas de sus protegidos, con tal de que eso significara que podían abandonar su descanso un poco más ligeros.

Esta tarde parecía comenzar como cualquier otra. Sintió cómo un par de pies molestaban la tierra alrededor de sus raíces, acercándose, girando y finalmente confiando el peso de una espalda sobre su tronco. Una espalda agitada e inquieta.

—Nada que llega esta gente —el tono de voz le dio a entender que se trataba de una joven, y sus palabras, que hoy recibiría a varios más bajo su sombra. Al cabo de unos minutos la volvió a escuchar—. ¡Quiubo, Juli! Pablito, Mar, ¿cómo vamos?

Un diluvio de pasos acelerados, el sonido de libros y cartucheras retumbando dentro de maletas y los choques entre palmas que se saludan marcaron la llegada de tres amigos; luego, a unos cuantos minutos, fueron cuatro, cinco, seis y siete más. El árbol escuchó cómo los bullicios y saludos se silenciaban para dar paso a la voz que había llegado primero.

—Bueno, como el hueco está corto, sé que tendremos que acelerar. ¿Cómo va el plan?

—Pues, nada que ver, nada cambia. Ni a los profes ni a los demás les importa un carajo esto —un pequeño coro de “uy sí” y “obvio” aterrizó ante ese comienzo. Aunque el árbol no podía ver, podía sentir el fuerte énfasis en la palabra “esto”. Si tuviese ojos, vería la libreta lila que el estudiante mostraba a los demás—. Con Mar nos fuimos de salón en salón, mirando qué profe firmaría, y todos nos decían que después, que ahorita no había tiempo o cualquier otra excusa, ¿sí o qué?

—Sí, me dio *reduro* la verdad —respondió la voz luminosa de Mar, disfrazando un dolor con una pequeña risa—, cuando nos decían que no, quedábamos ahí con Pablito como congelados. No pensaba que estuviéramos pidiendo, pues, algo tan grande.

—Ah, pero qué esperábamos, si no tenemos nada en común. ¿Qué van a querer hacernos caso a nosotros, si ellos vienen, dictan clases y se van pitados?

Los estudiantes continuaron con su discusión, rotando la libreta de mano en mano, rotando sus rabias de voz en voz. Su misión era clara: buscaban construir comunidad para no sentirse tan solos, para compartir sus miedos y construir nuevos lazos de afecto que permitieran transformar su universidad en un verdadero lugar de encuentro. Su temor así mismo gozaba de la misma claridad: ser unas pocas voces perdidas dentro de un aturdimiento mayor que no tiene interés en escucharlas.

Las hojas del árbol sonaron mientras el viento de la montaña se llevaba lo que quedaba de la amargura en sus voces. El árbol se esforzó por detectar si tal vez estaban ahora susurrando, pero se llevó la impresión de que este no era el caso, seguramente estaban paralizados con la incomodidad, petrificados y quietos, igual que él.

—Entonces, ¿no le vamos a insistir? —La voz dulce de Mar parecía haber sujetado la libreta ahora— Porque yo me niego. Yo quisiera sentir orgullo por ser Javeriana, de verdad.

—¿De verdad?

—De verdad, digo, tanto sentir orgullo de verdad, como ser Javeriana de verdad. Yo me acuerdo de mi primer semestre, en la facultad teníamos un padre que se encargaba de hablarnos de algo que parecía, pues demasiado bueno para ser cierto.

—Ya empezó Mar otra vez con lo del Medio Universitario...

—Pues sí, Pablito, sí. Tristemente ya no está ese padre, pero si yo pudiera recuperar algo de ese sentimiento... bueno, por eso es que tenemos la libreta.

—Con nuestras firmas...

—Sí Pablito.

—Y las de nadie más...

—¡QUE SÍ! —Juzgando por la reacción de los demás, el árbol entendió que la dulce Mar no solía manifestar esos estallidos— ¡SÍ LO SÉ! Yo solo quería, pues, lo que queremos todos. Compartir más, sentirnos vistos. Armar comunidad. ¡Es que no puede ser que en realidad no nos entiendan y que seamos un número más para ellos!

—Mar, reina —esta era la voz de quien había llegado primero a esperar a los demás, que, aunque no poseía el tono suave de la de Mar, se estaba esforzando por emularlo—, ¿por qué es tan importante para ti conectar con los profes? Tú te vienes hace ratos como con algo que no nos quieres contar... ¿Qué está pasando?

El árbol pensó que alcanzaba a sentir cómo los pies de Mar temblaban un poco ante esa pregunta, pensó, también, que era igual a como sus propias raíces se sacudían con esos temblores que amenazaban con quitarle sus hojas.

—Pensé que tal vez uno de ellos... No. No es nada, olvídenlo, yo quisiera contarles, muchachos, pero, no creo que me entiendan. Vean, solo quiero sentirme escuchada, comprendida y no juzgada.

—¡Parce, las tres de la tarde!

El terremoto de sus pies y el vuelo de sus maletas alzaron el latido de la tierra y el pasto somnoliento. Entre todo el movimiento, el árbol creyó sentir lo que parecían ser unas gotas caer sobre una de sus raíces, se preguntó cuál de esas cuatro pequeñas nubes hablantes le había dejado ese regalo. Mientras esta inquietud viajaba por su corteza, el flujo del tiempo continuó su paso y atrajo las primeras pisadas pesados y lentas. Los profes estaban pasando. Este sería el momento en donde escucharía de una profe acerca de su preocupación acerca de cómo sus padres envejecían muy rápido, o del profe que estaba afanado por subir de escalafón y tenía que decidir si investigar o hacer un doctorado, pero en esta ocasión llegarían dos diferentes a descansar bajo su sombra.

—¿Cómo va su chinito?

—Muy bien, ya lo traigo a la universidad y todo. Por ahí anda en mi oficina de la facultad jugando a ser profe. Me imita y todo, si lo escuchara, ¡ay, *están usando Chat GPT otra vez!*

Los amigos compartieron una risa y cambiaron el foco de su conversación.

—Me imagino, qué belleza su pelado. Pero, oiga, ¿qué era eso que me contaba? ¿lo de la libreta?

—Ah sí, se me acercaron dos estudiantes, Mariana y Pablo, yo le he hablado de ellos, la pelada es muy pila, el tipo sí es medio hablador pero muy analítico. Son buenas *papas*. Al final de la clase se me acercan, que me quieren hablar de algo y sacan una libreta lila. Yo ahí, la verdad no tenía tiempo, Sandra pasaba a dejarme al niño y tenía que salir corriendo a recogerlo.

—Claro, ¿cómo dejar a su remplazo esperando y sin poder rayar el tablero de la ofi?

Una segunda risa.

—¡Ni pensarlo! Pero oiga, me quedé como preocupado.

—¿Y eso?

—Mariana traía una cara bien larga. Algo le está pasando a esa china, de hecho, ya hace tres semanas que la he notado baja de nota. Se sienta lejos y atrás, y ya no me participa como antes. La verdad, quería preguntarle cómo estaba, pero...

—Qué le va a interesar que un profesor le hable de algo que no sea la clase, ¿verdad?

El árbol sintió haber escuchado una frase similar (¿o acaso era el sentimiento?) hace unos momentos no muy distantes.

—Ay sí, hermano, sí. Ellos parece que viven en su mundo, siento que ponen barreras muy altas, como que no es fácil siquiera acercarse a preguntar. Pero, esta vaina no era siempre así...

—Ya empezó Jorgito con sus cuentos del Medio Universitario.

—¡Nada de cuentos hermano! Es que era diferente antes. La Universidad misma se sentía más viva, los pelados más conectados, nosotros más despiertos. Nos reuníamos los profes todos los meses a echar chisme, nos preguntaban cómo estábamos y hasta decorábamos la facultad entre todos sin que nadie nos obligara a hacerlo. Pero ahora se percibe una desmotivación muy fuerte, nuestros colegas del ciclo nocturno ni saben lo que es una *actividad de Medio*, las presiones de esta incertidumbre económica nos duplica el trabajo y ahora... ahora veo que una estudiante mía está pasando por algo, y me tiembla la mano para preguntarle y tal vez ayudarle con lo que sea que le está pasando.

—Ah, ¿pero ayudarla cómo?

—Pues escuchándola, o aconsejándola, si es que me lo pidiera. Es que parece que se nos olvida que el Medio es a veces sólo eso, y lo necesitamos más que nunca. Necesitamos construir comunidad, pero necesitamos que ellos también pongan de lo suyo y es difícil no sentirse cansado.

—A lo mejor algún día conozco ese Medio del que tanto hablas, por ahora, ¡anda que no queda bien visto que llegues después que tus estudiantes!

—Ah, pero...

—Deja el niño con Aurora, ahorita en la facultad ella le está cuidando la hija a alguien más, ella me dijo que te avisara que sin problema le echa ojo al “mini Jorge”.

—Caramba, le debo una gigante, la invito a almorzar un día de estos. Y bueno, a ver si me armo de valor y le pregunto a Mariana qué le anda pasando.

Los dos amigos se abrazaron y se desearon suerte en sus clases. El árbol contemplaba la similitud entre los discursos de ambos grupos, como las brisas de distintas épocas del año, tenían temperaturas diferentes, pero se dirigían a una misma dirección. Deseó que se pudieran encontrar.

El eventual descenso en la temperatura y el comienzo del éxodo de estudiantes, profesores, administrativos y demás significaron el cierre del día, pero el árbol recibiría una última visita sorpresa. Una niña y un niño, vigilados de lejos por una mujer que aparentemente les había concedido una última licencia de juego, corrieron hasta sentarse en sus raíces.

—¿Quieres ver mi libreta? —La niña con voz dulce produjo una libreta lila familiar y la abrió a la primera página— Mi mamá me la prestó para jugar mientras va a clase.

—¡Mi papá también va a clase! Él trabaja aquí y tiene una oficina con tablero y todo, y yo ya sé leer —el niño agarró la libreta y acercó su cara a la página—. “Peti...petici...”.

—¡Pe!;Ti!;Ción! —exclamó la niña, agarrando la libreta de vuelta— Mi mamá quiere que muchas personas firmen esto, y podamos tener un lugar donde ella me pueda traer tranquila y pueda ir a sus clases mientras yo juego. Se preocupa por mí, ¡es una gran mamá! Pero, creo que está triste por que le quedan muchas páginas en blanco...

—Bueno entonces es fácil —el niño sacó un marcador de tablero de su bolsillo de pantalón y con mucho cuidado firmó la libreta lila de su amiga— ya es una más. Dentro de poco, podremos vernos y seguir jugando juntos más días.

El árbol contempló a los niños que ahora reían juntos, se abrazaban y lo abrazaban a él, hasta que la mujer que los cuidaba logró convencerlos de que era hora de volver con su papá y mamá. Ahora podía entender cómo es que aquellas personas se parecían un poco a un árbol: fuertes, hermosas, capaces de cuidar y necesitadas de cuidado. También tenían raíces, pero a diferencia de él, las suyas se desprendían de cada ser y se entrelazaban para conectar una red invisible, las raíces que nutrían de manera discreta la armonía que era ese árbol llamado universidad.

Cronista: Alejandro Páez

Javeriana Bogotá